

hojas, pensando, sin saber cómo, en don Álvaro Mesía, presidente del casino de Vetusta y jefe del partido liberal dinástico; pero al leer: «Los parajes por donde anduvo», su pensamiento volvió de repente a los tiempos lejanos. Cuando era niña, pero ya confesaba, siempre que el libro de examen decía «pase la memoria por los lugares que ha recorrido», se acordaba sin querer de la barca de Trébol, de aquel gran pecado que había cometido, sin saberlo ella, la noche que pasó dentro de la barca con aquel Germán, su amigo... ¡Infiames! La Regenta sentía rubor y cólera al recordar aquella calumnia. Dejó el libro sobre la mesilla de noche—otro mueble vulgar que irritaba el buen gusto de Obdulia—, apagó la luz... y se encontró en la barca de Trébol, a medianoche, al lado de Germán, un niño rubio de doce años, dos más que ella. Ella abrigaba solícito con un saco de lona que habían encontrado en el fondo de la barca. Ella le había rogado que se abrigara él también. Debajo del saco, como si fuera una colcha, estaban los dos tendidos sobre el tablado de la barca, cuyas bandas oscuras les impedían ver la campaña; sólo veían allá arriba nubes que corrían delante de la cara de la luna.

—¿Tienes frío?—preguntaba Germán.

Y Ana respondía, con los ojos muy abiertos, fijos en la luna que corría, detrás de las nubes:

—¡No!

—¿Tienes miedo?

—¡Ca!

—Somos marido y mujer—decía él.

—¡Yo soy una mamá!

Y oía debajo de su cabeza un rumor dulce que la arrullaba como para adormecerla; era el rumor de la corriente.

Se habían contado muchos cuentos. Él había contado además su historia. Tenía papá en Colondres y mamá también.

—¿Cómo era una mamá?

—Germán lo explicaba como podía.

—¿Dan muchos besos las mamás?

—Sí.

—¿Y cantan?

—Sí, yo tengo una hermanita que le cantan. Yo ya soy grande.

—¿Y yo soy una mamá!

Después venía la historia de ella. Vivía en Loreto, una aldea, algo lejos de la ría por aquel lado, pero tocando con el mar por allá arriba, por el arenal. Vivía con una señora que se

llamaba aya y doña Camilia. No la quería. Aquella señora aya tenía criados y criadas y un señor que venía de noche y le daba besos a doña Camilia, que le pegaba y decía: «Delante de ella no, que es muy maliciosa.»

Le decían que tenía un papá que la quería mucho y era el que mandaba los vestidos y el dinero y todo. Pero él no podía venir, porque estaba matando moros. La castigaban mucho, pero no la pegaban; eran encierros, ayunos y el castigo peor, el de acostarse temprano. Se escapaba por la puerta del jardín y corría llorando hacia el mar; quería meterse en un barco y navegar hasta la tierra de los moros<sup>14</sup> y buscar a su papá. Algun marino la encontraba llorando y la acariciaba. Ella le proponía el viaje, el marino se reía, le decía que sí, la cogía en los brazos, pero el picaro la llevaba a casa del aya y la volvían al encierro. Una tarde se había escapado por otro camino, pero no encontraba el mar. Había pasado junto a un molino; un perro le había cerrado el paso al atravesar el puente de la acequia, hecho con un tronco hueco de castaño; Ana se había echado sobre el tronco porque se mareaba viendo el agua blanca que ladraba debajo como el perro enfrente de ella. El perro había pasado por encima de Anita; no había querido moderla. Ella entonces, desde la otra orilla, le llamó y le dijo:

—Chito, toma, ahí tienes eso.

Era su merienda que llevaba en un bolsillo; un poco de pan con manteca mojado en lágrimas.

Casi siempre comía el pan de la merienda salado por las lágrimas. Cuando estaba sola lloraba de pena; pero delante del aya, de los criados y del hombre, lloraba de rabia. Había encontrado después del molino un bosque y lo había cruzado corriendo, cantando, y eso que tenía aún los ojos llenos de llanto, pero cantaba de miedo. Al salir del bosque había visto un prado de yerba muy verde y muy alta...

<sup>14</sup> tierra de los moros: Recuerda inevitablemente este pasaje el similar contado por Santa Teresa en el libro de su *Vida*, cuando Teresa y su hermano hacen planes para ir a tierra de moros y padecer martirio, como ha señalado A. Brent (1951). Pero, a su vez B. W. Ite (1970), que estudia *La Regenta* en relación con *The Mill on the Floss* (1860) de George Eliot, situando ambas novelas bajo el sello del «bovarisme», señala cómo este pasaje «echoes strangely the boating scene of «The Great Temptation», en *The Mill on the Floss* (pág. 277).



—¿Y allí estaba yo, verdad? —gritó Germán.

—Es verdad.

—Y te dije si querías embarcarte en la barca de Trébol, que el barquero había sido mi criado, y yo era de Colondres, que está al otro lado de la ría.

—Es verdad.

La Regenta recordaba todo esto como va escrito<sup>15</sup>, incluso el diálogo; pero creía que, en rigor, de lo que se acordaba no era de las palabras mismas, sino de posterior recuerdo en que la niña había animado y puesto en forma de novela los sucesos de aquella noche.

Después se habían dormido. Ya era de día cuando los despertó una voz que gritaba desde la orilla de Colondres. Era el barquero que veía su barca en un islote que dejaba el agua en medio de la ría al bajar la marea. El barquero los riñó mucho. A ella la condujo a Loreto un hijo de aquel hombre; pero en el camino los halló un criado del aya. Andaban buscándola por todo el mundo. Creían que se había caído al mar. Doña Camila estaba enferma del suso, en cama. El hombre que besaba al aya cogió a Anita por un brazo y se lo apretó hasta arrancarle sangre. Pero ella no lloró.

Le preguntaron dónde había pasado la noche y no quiso contestar por temor de que castigarán a Germán si se sabía.

<sup>15</sup> como va escrito: Compruébese el escalonamiento de perspectivas de este pasaje. El narrador cuenta que Ana, preparando su confesión general, retrocede a su infancia (primer nivel). Ana adulta recuerda a Ana niña y sus problemas (segundo nivel). Subsumida en Ana niña, ve desde sus ojos y cuenta con su lengua de niña cómo una noche escapó de su casa (tercer nivel). Ana y Germán recuerdan, por vía directa, esa misma noche, el principio de su escapada (cuarto nivel). El narrador recupera la palabra para juzgar la «composición», posterior a los hechos, del relato (quinto nivel). De hecho, y resumido en fórmula: el narrador cuenta al lector (primer nivel) que Ana adulta narra a Ana adulta (segundo nivel), lo que Ana niña narra a Ana adulta (quinto nivel), recordando lo que Ana niña narraba a Germán la noche que se encontraron en la barca (tercer nivel) y lo que Ana y Germán niños se dijeron (cuarto nivel). Cuando los hechos (cuarto nivel) llegan al lector, han pasado por toda una serie de intermediarios, que los perspectivizan y mediante los cuales, casi inadvertidamente, el autor-narrador se ha ido desembarazando de la responsabilidad directa de narrar, dejando la palabra a su personaje en diversos escalones o grados de narración.

La encerraron, no le dieron de comer aquel día, pero no declaró nada. A la mañana siguiente el aya hizo llamar al barquero de Trébol. Según aquel hombre, los niños se habían concertado para pasar juntos una noche en la barca. ¿Quién lo diría? Ana confesó al cabo que habían dormido juntos, pero que había sido sin querer. Su propósito había sido hacerse dueños de la barca una noche, aunque los rñieran en casa, pasar de orilla a orilla ellos solos, tirando por la cuerda, y después volverse él a Colondres y ella a Loreto. Pero el agua de la ría se había marchado, la barca tropezó en el fondo con las piedras en mitad del pasaje y por más esfuerzos que habían hecho no habían conseguido moverla. Y se habían acostado y se habían dormido. De haber podido romper la cuerda que sujetaba la lancha se hubieran ido a la tierra del moro, porque Germán sabía el camino por el mar: ella hubiera buscado a su papá y él hubiera matado muchos moros; pero la cuerda era muy fuerte. No pudieron romperla y se acostaron para contar-se cuentos de dormir.

Lo mismo había referido Germán al barquero, pero no se creyó la historia.

¡Qué escándalo! Doña Camila cogió a Anita por la garganta y por poco la ahoga. Después dijo un refrán desvergonzado en que se insultaba a su madre y a ella, según comprendió mucho más tarde, porque entonces no entendía aquellas palabras.

Doña Camila culpaba al hombre que le daba besos, de las picardías de la niña.

—Tú le has abierto los ojos con tus imprudencias.

Anita no entendía y el hombre, el señor del aya, reía a carcajadas.

Desde aquel día el hombre la miraba con llamaradas en los ojos, y sonreía, y en cuanto salía de la habitación el aya le pedía besos a ella, pero nunca quiso dárselos.

Vino un cura y se encerró con Ana en la alcoba de la niña y le preguntó unas cosas que ella no sabía lo que eran. Más adelante, meditando mucho, acabó por entender algo de aquello. Se la quiso convencer de que había cometido un gran pecado. La llevaron a la iglesia de la aldea y la hicieron confesarse. No supo contestar al cura y éste declaró al aya que no servía la niña para el caso todavía, porque por ignorancia o por malicia, ocultaba sus pecadillos. Los chicos de la calle la miraban como el hombre que besaba a doña Camila; la cogían por un brazo y querían llevarla no sabía adónde. No volvió a salir sin el aya. A Germán no había vuelto a verle.



—He escrito a tu papá diciéndole lo que tú eres. En cuanto cumplas los once años, irás a un colegio de Recoletas<sup>16</sup>. Esta amenaza de doña Camila no pasó de amenaza, pero Ana no sentía salir de Loreto, ir donde quisiera.

Desde entonces la trataron como a un animal precoz. Sin entenderse bien de lo que oía, había entendido que achacaban a culpas de su madre los pecados que la atribuían a ella...

Al llegar a este punto de sus recuerdos la Regenta sintió que se sofocaba, sus mejillas ardían. Encendido luz, apartó de sí la colcha pesada y sus formas de Venus, algo flameca, se revelaron exageradas bajo la manta de finísima lana de colores ceñida al cuerpo. La colcha quedó arrugada a los pies.

Aquellos recuerdos de la niñez huieron, pero la cólera que despertaron, a pesar de ser tan lejana, no se desvaneció con ellos.

«¡Qué vida tan estúpida!», pensó Ana, pasando a reflexiones de otro género.

Aumentaba su mal humor con la conciencia de que estaba pasando un cuarto de hora de rebelión. Creía vivir sacrificada a deberes que se había impuesto; estos deberes algunas veces se los representaba como poética misión que explicaba el porqué de la vida. Entonces pensaba:

«La monotonía, la insulsez de esta existencia es aparente; mis días están ocupados por grandes cosas; este sacrificio, esta lucha es más grande que cualquier aventura del mundo.»

En otros momentos, como ahora, tascaba el freno la pasión sojuzgada; protestaba el egotismo, la llamaba loca, romántica, necia<sup>17</sup> y decía.\*

\* Ni B ni M hacen aparte, cosa que parece justificada.

<sup>16</sup> *un colegio de Recoletas*: La escapada de los jóvenes amantes y el consiguiente castigo tras ser atrapados, fueron motivo común en la literatura romántica. No es este el caso de Ana Ozores y la amenaza del encierro en un colegio de Recoletas (dentro de las Ordenes religiosas: las que observan las reglas con mayor estrechez y rigor) no llega a consumarse. Todo lo contrario que en *Su único hijo*, donde Emma Valcárcel sí escapa con su novio y, tras ser devuelta por la Guardia Civil, es internada durante algunos años en un convento.

<sup>17</sup> *loca, romántica, necia*... Clarín, como casi todos los grandes novelistas del XIX, se debate entre la necesidad de una lucha a muerte contra el Romanticismo en nombre del progreso y la transformación de la realidad, y la nostalgia, deseperada del Romanticismo en el mundo burgués. *Madame Bovary* convirtió en genial esquema novelístico este conflicto. Ana, en su escala lo reproduce. «Romántico» signifi-

—¡Qué vida tan estúpida!

Esta conciencia de la rebelión la desesperaba; quería aplacarla y se irritaba. Sentía cardos en el alma. En tales horas no quería a nadie, no compadecía a nadie. En aquel instante deseaba oír música; no podía haber voz más oportuna. Y sin saber cómo, sin querer se le apareció el Teatro Real de Madrid y vio a don Alvaro Mesía, el presidente del Casino, ni más ni menos, envuelto en una capa de embozos grana, cantando bajo los balcones de Rosina.

*Ecco ridente il ciel*<sup>18</sup> ...

\* B88 y M844 escriben «más voz». Sobejano corrige con acierto.

ca, para ella, el escaso remanente de una época de *poesía*, definitivamente periclitada en estos tiempos de *prosa*. Ana es consciente de que las actitudes románticas son nobles, sí, pero están condenadas al fracaso, y más en Venustia, pues «Nada más ridículo en Venustia que el romanticismo. Y se llamaba romántico todo lo que no fuese vulgar, pedestre, prosaico, callejero» (cf. Rutherford [1974], pág. 19). Una de las actitudes románticas es, precisamente, la de la rebelión, y por eso se exaspera Ana: en el capítulo IV, Ana aprende a lo largo de su niñez y juventud la inutilidad de la rebelión, y la humillante represión a que conduce.

<sup>18</sup> *Ecco ridente il ciel*... Durante el siglo XIX, que ha sido calificado como el siglo de la música, la ópera, y sobre todo la ópera italiana, conoció un amplio auge en toda España, transformándose en el espectáculo por antonomasia de las clases dominantes. Clarín fue un gran aficionado a este género teatral, como queda de manifiesto tanto en su correspondencia privada —«Le veté pronto porque con pretexto del Congreso Literario (del que Dios me libre), iré a oír algunas operas», le escribe a Menéndez y Pelayo (*Menéndez y Pelayo-Leopoldo* Alias. *Epistolario*, pág. 8) — como en sus numerosas críticas e incluso en algunas narraciones —«Amor è furbo» (*Pipá*), «La reina Margarita» (*El Señor...*), *Su único hijo*, y otras. En *La Regenta* las referencias musicales, y más concretamente las operísticas, son abundantes (cf. Mario Damonte [1971]). II óperas (*El Barbero de Sevilla* la que más) y algunas operetas aparecen citadas reiteradamente a lo largo de la narración, a veces sólo mediante el título, en otras ocasiones incorporando frases textuales, pero casi siempre utilizando la referencia como evocación significativa que va más allá de lo puramente ambiental, implicando generalmente el sentido de algún pasaje de la ópera citada con las situaciones de la novela. Por otra parte, y como señala Damonte, es probable que buena parte de los italianismos que registra *La Regenta* tengan una procedencia operística indirecta. La frase que aquí se menciona corresponde a la primera escena del acto primero de *El Barbero de Sevilla*: «Ecco ridente in cielo / spunta la bella Aurora...»



La respiración de la Regenta era fuerte, frecuente; su nariz palpitaba ensanchándose, sus ojos tenían fulgores de fiebre y estaban clavados en la pared, mirando la sombra sinuosa de su cuerpo ceñido por la manta de colores.

Quiso pensar en aquello, en Lindoro, en el Barbero, para suavizar la aspereza de espíritu que la mortificaba.

—Si yo tuviera un hijo!... ahora... aquí... besándole, cantándole...

Huyó la vaga imagen del torro, y otra vez se presentó el esbelto don Alvaro, pero de gabán blanco entallado, saludándola como saludaba el rey Amadeo.<sup>19</sup>

Mesita al saludar humillaba los ojos, cargados de amor, ante los de ella imperiosos, imponentes.

Sintió flojedad en el espíritu. La sequedad y tirantez que la mortificaban se fueron convirtiendo en tristeza y desconsuelo...

*Ya no era mala, ya sentía como ella quería sentir; y la idea de su sacrificio se le apareció de nuevo; pero grande ahora, sublime, como una corriente de ternura capaz de anegar el mundo. La imagen de don Alvaro también fue desvaneciéndose, cual un cuadro disolvente<sup>20</sup>; ya no se veía más que el gabán blanco y detrás, como una filtración de luz, iban destacándose una bata escocesa a cuadros, un gorro verde de terciopelo y oro, con borla, un bigote y una perilla blancos, unas cejas grises muy espesas... y al fin sobre un fondo negro brilló entera la respetable y familiar figura de su don Víctor Quintanar con un nímbo de luz en torno. Aquél era el sujeto del sacrificio, como diría don Cayetano. Ana Ozores depositó un casto beso en la frente del caballero.*

Y sintió vehementes deseos de verle, de besarle en realidad<sup>21</sup> como al cuadro disolvente.

<sup>19</sup> *el rey Amadeo*: Amadeo I de Saboya fue rey de España entre 1871 y 1873 gracias a las maniobras del general Prim.

<sup>20</sup> *cuadro disolvente*: Espectáculo que gozó de gran popularidad durante los dos primeros tercios del siglo XIX; consistía en la proyección mediante linterna mágica de imágenes (diapositivas, realmente) que aparecían y desaparecían progresivamente gracias a recursos como la superposición de dos proyecciones o las variaciones en el enfoque de la imagen.

<sup>21</sup> *besarle en realidad*: En este pasaje Ana, semiconsciente, flotando en un territorio difuso entre la imaginación, el recuerdo y el sueño, realiza en la práctica una vieja idea de Clarín: «Una mujer que sueña

Mala hora, sin duda, era aquella.

Pero la casualidad vino a favorecer el anhelo de la casta esposa. Se tomó el pulso, se miró las manos; no veía bien los dedos, el pulso latía con violencia; en los párpados le estallaban estreñidas, como chispas de fuegos artificiales, sí, sí, estaba mala, iba a darle el ataque; había que llamar; cogió el cordón de la campanilla, llamó. Pasaron dos minutos. ¿No oían?... Nada. Volvió a empuñar el cordón... llamó. Oyó pasos precipitados. Al mismo tiempo que por una puerta de escape entraba Petra, su doncella, asustada, casi desnuda, se abrió la colgadura granate y apareció el cuadro disolvente, el hombre de la bata escocesa y el gorro verde, con una palmaria en la mano.

—¿Qué tienes, hija mía? —gritó don Víctor acercándose al lecho.

«Era el ataque, aunque no estaba segura de que viniese con todo el aparato nervioso de costumbre; pero los síntomas los de siempre; no veía, le estallaban chispas de brasero en los párpados y en el cerebro, se le enfrían las manos, y de pesadas no le parecían suyas...» Petra corrió a la cocina sin esperar órdenes; ya sabía lo que se necesitaba, tila y azahar.

Don Víctor se tranquilizó. «Estaba acostumbrado al ataque de su querida esposa; padecía la infeliz, pero no era nada.»

—No pienses en ello, que ya sabes que es lo mejor.

—Si, tienes razón; acércate, háblame, siéntate aquí.

Don Víctor se sentó sobre la cama y depositó un beso paternal en la frente de su señora esposa. Ella le apretó la cabeza contra su pecho y derramó algunas lágrimas. Notadas que fueron las cuales por don Víctor exclamó éste:

—¿Ves? ya lloras; buena señal. La tormenta de nervios se deshace en agua; está conjurado el ataque, verás como no sigue.

En efecto, Ana comenzó a sentirse mejor. Hablaron. Ella manifestó una ternura que él le agradeció en lo que valía. Volvió Petra con la tila.

Don Víctor observó que la muchacha no había reparado el desorden de su traje, que no era trage, pues se componía de la camisa, un pañuelo de lana, corto, echado sobre los hombros, y una falda que, mal atada al cuerpo, dejaba adivinar los encantos de la doncella, dado que fueran encantos, que don Víc-

<sup>22</sup> *una mujer que piensa de la manera más natural de pensar en las mujeres*» («Mananeta [Pérez Galdós]», en *Sólos*).



tor no entraba en tales averiguaciones, por más que sin querer aventuró, para sus adentros, la hipótesis de que las carnes debían de ser muy blancas, toda vez que la chica era rubia azufrada...

Con la tita y el azahar Anita acabó de serenarse. Respiró con fuerza; sintió un bienestar que le llenó el alma de optimismo.

«¿Qué solleicia era Petral y su Víctor ¡qué bueno!»

«Y había sido hermoso, no cabía duda. Verdad era que sus cincuenta y tantos años parecían sesenta; pero sesenta años de una robustez envidiable; su bigote blanco, su perilla blanca, sus cejas grises le daban venerable y hasta heroico aspecto de brigadier y aun de general. No parecía un Regente de Audencia jublado, sino un ilustre caudillo en situación de cuartel.»

Petra, temblando de frío, con los brazos cruzados, unos blanquitos brazos bien torneados, se retiró discretamente, pero se quedó en la sala contigua esperando órdenes.

Ana se empuñó en que Quintanar —casi siempre le llamaba así— bebiese aquella poca tita que quedaba en la taza.

¡Pero si don Víctor no creía en los nervios! ¡Si estaba sereno! Muerto de sueño, pero tranquilo.

«No importaba. Era un capricho. No lo conocía él, pero se había asustado.»

—Que no, hija mía; que te juro...

—Que sí, que sí...

Don Víctor tomó tita y acto continuo bostezó energicamente.

—¿Tienes frío?

—¡Frío yo!

Y pensó que dentro de tres horas, antes de amanecer, saldría con gran sigilo por la puerta del parque —la huerta de los Ozores—. Entonces sí que haría frío, sobre todo, cuando llegaran al Montico, él y su querido Frigilís, su Plíades cinegético<sup>22</sup>, como le llamaba. Iban de caza; una caza prohibida, a tales horas, por la Regenta. Anita no dejó a Víctor tan pronto como él quisiera. Estaba muy habladora su querida mujercita.

<sup>22</sup> *Plíades cinegético*: Plíades: inseparable amigo de Orestes, que aparece en *Las Céfiras* de Esquilo, como encarnación de la voluntad de Apolo y, por tanto, del destino del héroe. Con el calificativo *cinegético* (referencia a lo relacionado con la caza) forma un apelativo pedante (obsérvese la acumulación de tres esdrújulas).

Le recordó mil episodios de la vida conyugal siempre tranquila y armoniosa.

—¿No quisieras tener un hijo, Víctor?— preguntó la esposa apoyando la cabeza en el pecho del marido.

—Con mil amores!— contestó el ex-regente buscando en su corazón la fibra del amor paternal. No la encontró; y para figurarse algo parecido pensó en su reclamo de perdiz, escogido regalo de Frigilís.

«Si mi mujer supiera que sólo puedo disponer de dos horas y media de descanso, me dejaría volver a la cama.»

Pero la pobrecita lo ignoraba todo, debía ignorarlo. Mas de media hora tardó la Regenta en cansarse de aquella locuacidad nerviosa. ¡Qué de proyectos! ¡qué de horizontes de color de rosa! Y siempre, siempre juntos Víctor y ella.

—¿Verdad?

—Sí, hijita mía, sí; pero debes descansar; te exaltas hablando...

—Tienes razón; siento una fatiga dulce... Voy a dormir.

Él se inclinó para besarle la frente, pero ella echándole los brazos al cuello y hacia atrás la cabeza, recibió en los labios el beso. Don Víctor se puso un poco encarnado; sintió hervir la sangre. Pero no se atrevió. Además, antes de tres horas debía estar camino del Montico con la escopeta al hombro. Si se quedaba con su mujer, adiós cacería... Y Frigilís era inexorable en esta materia. Todo lo perdonaba menos faltar o llegar tarde a un madrugón por el estilo.

«¡Salvense los principios!» pensó el cazador.

—¡Buenas noches, tórtola mía!

Y se acordó de las que tenía en la pajarrera.

Y después de depositar otro beso, por propia iniciativa, en la frente de Ana, saltó de la alcoba con la palmatoria en la diestra mano; con la izquierda levantó el cortinaje granate; volvióse, saludó a su esposa con una sonrisa, y con majestuoso paso, no obstante calzar bordadas zapatillas, se restituyó a su habitación que estaba al otro extremo del caserón de los Ozores.

Atravesó un gran salón que se llamaba el estrado; anduvo por pasillos anchos y largos, llegó a una galería de cristales y allí vació un momento. Volvió pies atrás, desanduvo todos los pasillos y discretamente llamó a una puerta.

Petra se presentó en el mismo desorden de antes.

—¿Qué hay? ¿se ha puesto peor?

—No es eso, muchacha— contestó don Víctor.